CARO BAROJA, JULIO, ***Regímenes sociales y económicos de la España prerromana (conclusión)*** , Revista internacional de sociología, 2:2/3 (1943:abr./sept.) p.285

REGIMENES SOCIALES Y ECONOMICOS DE LA ESPAÑA PRERROMANA

POR

JULIO CARO BAROJA

Profesor de la Universidad de Madrid

(CONCLUSIÓN)

CAPITULO II

Discusión sobre el origen de ciertos elementos culturales descritos en el capítulo anterior

Examinemos su repartición en áreas mayores que la peninsular. Antes convendrá hacer ciertas observaciones sobre cronología arqueológica. Una tendencia actual, que parece estar fundada, es la de acortar la longitud de los períodos a partir del denominado Neolítico puro, cuyo comienzo en España no se fija más allá de 3500 años a. de J. C. y en que se perciben claras influencias africanas y egipcias en particular en la industria lítica. Hacia el 2000 se coloca el comienzo de la Edad del Bronce, y sólo alrededor del 650 el de la del Hierro. Es decir, que el problema de las invasiones indogermánicas hay que plantearlo de modo distinto a como se hacía comúnmente hasta hace poco, pues es posible señalar ya unas afluencias europeas a la Península, del año 1000 al 850 a. de J. C. por lo menos, sin hierro, pero con un tipo de cerámica particular, y semejantes afluencias no puede decirse que sean de celtas en

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

el sentido estricto de la palabra. De celtas cabe hablar sólo a partir de la Edad del Hierro I (108). Con objeto de hacer una síntesis sencilla algunos autores han dicha que la relación fuerte de la Península con Europa comienza con dicha edad y que en las anteriores existían más contactos con el Continente africano: que la base étnica del país es africana y no europea.

Esta es una evidente exageración. No cabe duda—como digo—de que en los períodos anteriores al del Hierro la Península ibérica recogió muchos elementos provenientes del Continente eurasiático. De ellos no hablan todavía demasiado los arqueólogos, pera la Lingüística y la Etnología contribuyen a revelárnoslos más.

Hace ya tiempo, por ejemplo, que se han señalado relaciones muy importantes de índole gramatical entre las lenguas caucásicas y la vasca. Trombetti, H. Winkler, N. Marr y Ostir, por caminos diferentes, fueron reuniendo semejanzas, de que hizo una revisión crítica C. C. Uhlenbeck (109). Después han aportado nuevos materiales R. Lafon, Bouda y otros (110). La impresión última es la de que tales relaciones se multiplican especialmente con determinadas lenguas. A esto se añade que ciertos antropólogos han hallado un extraño parecido entre el tipo vasco más característico y los caucásicos, en la forma triangular de la cara y la nariz estrecha (111). Roland Dixon

(108) Martínez Santa-Olalla, op. cit., 151-157, compárese con la cronología de H. Obermaier y A. García y Bellido, "El hombre prehistórico y los orígenes de la humanidad" (Madrid, 1941), 162, 208, etc.

(109) C. C. Uhlenbeck, "De la possibilité d'une parenté entre le basque et les langues caucasiques", "Rev. Int. de Est. Vascos", XV (1924), 565-588. Recientemente ha afianzado más este punto de vista, "Vorlateinische indogermanische Anklänge im Baskischen", "Anthropos", XXXV-XXXVI (1940-1941), 202-207.

(110) R. Lafon, "Basque et langues kartvéles", "Rev. Int. de Est. Vascos", XXIV (1933), 150-175; K. Bouda, "Beiträge zur Kaukasischen und Sibirischen Sprachwissenschaft. 4 Das Tschuktschische" (Leipzig, 1941), 42-51. Desde el punto de vista histórico cultural son importantes los paralelos en nombres de cereales que señala Uhlenbeck.

(111) G. Montandon "La race, les races, mise au point d'Ethnologie somatique" (París, 1933), 253.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

señalaba en el tipo vasco un elemento "urálico" que consideraba como con gran influencia en Europa en el Neolítico final (112). Todo esto no parecer ser causado por la pura casualidad. Hay que explicarlo por migraciones con probabilidad máxima.

Los filólogos de ciertas escuelas modernas, teniendo en cuenta estos hechos, pretenden que con anterioridad a la gran expansión de las lenguas indoeuropeas, a lo largo del Mediterráneo y sus aledaños, existía cierta unidad lingüística (113). Para ello se apoyan también en el estudio de lo que se denomina "substrato", es decir, de los elementos (toponimia, etc.) que hay en las lenguas indoeuropeas que no parecen ser indoeuropeos, y con todos forman un "corpus". La teoría del substrato, que puede ser muy fructífera bien entendida y limitada, se presta sin embargo a esquematismos desprovistos de contenido real. La persecución de unas sílabas, desinencias o palabras oscuras a través del espacio y del tiempo, sin tener presente ningún criterio histórico, puede ocasionar tantos trastornos teóricos como los que ha causado la Arqueología al determinar la existencia de varias culturas complejas, considerando la aparición o ausencia de un tipo de elementos en determinados niveles de un país y haciendo válido el esquema estratigráfico particular para áreas extensas.

Admitiendo que haya habido semejante expansión mediterránea, el mismo hecho de que sean los Pirineos y el Cáucaso los últimos reductos de las lenguas pre-arias nos indica que es necesaria la investigación histórica particular y concreta para averiguar la importancia de ella en diferentes puntos. Pero

(112) "The racial history of man" (New York, 1923), 161.

(113) Véase la exposición de G. Devoto "Storia della lingua latina" (Bolonia, 1940), 36-69, como modelo de crítica desde este punto vista. No de todas se puede decir lo mismo, especialmente de las italianas. Cuando estas teorías se quieren apoyar con argumentos arqueológicos se llega a la arbitrariedad más absoluta; véase, por ejemplo, qué método sigue V. Pisani, "L'unitá culturale indo-mediterranea anteriore all'avvento di Semiti e Indoeuropei", "Scritti in onore di Alfredo Trombetti" (Milán, 1938), 199-213.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

en conjunto hemos de combatir con toda energía la idea de que los residuos de otras lenguas que contenga una actual, incluso en la toponimia, autorizan para que afirmemos que en el área donde hoy se habla dicha lengua, en otra época se hablaban aquéllas. Esto puede ser verdad unas veces, otras no. Las voces griegas que hay en el vasco de Guipúzcoa o en el castellano de Burgos no pueden indicarnos que allí haya habido grandes núcleos lingüísticos griegos, como tampoco nos pueden demostrar el origen africano, hamítico, de la lengua vasca mediante una lista sacada del léxico vasco que coincida con otra sacada del léxico hamítico.

En suma, combatimos aquí el principio, del que ya se ve libre afortunadamente la Etnología moderna y al que antes se aludió, según el cual la comparación de un hecho observado en un país y momento dado con otros tenidos por semejantes de otros países y momentos sirve para establecer leyes generales y de carácter riguroso, casi matemático (114).

Volviendo a nuestros problemas sociales y económicos, podemos recordar ahora un ejemplo característico de este proceder, rectificado por las investigaciones más recientes e imparciales. El ejemplo es el que ofrece Bachofen al sentar su famosa teoría del matriarcado, y nos interesa en particular por lo que dejamos escrito más arriba, al describir la primer área de cultura prerromana peninsular, tocante al derecho materno cantábrico.

(114) Serios reparos a la teoría del substrato puso Jespersen. Pero ello no impide nada para que ahora esté en boga, y algunos lingüistas, según va dicho, la han usado pretendiendo combinarla con las investigaciones arqueológicas, como, por ejemplo, Pokorny, "Substratteorie und Urheimat der Indogermanen", "Mitt. d. Anthrop. Ges. in Wien", LXVI (1936), 69-91. En aplicaciones semejantes se ha inspirado Menéndez Pidal para proponer los puntos de vista a que se alude en la nota 144, pero hay que confesar que tienen mucho de excesivo, y que sobre todo en el estudio de la toponimia se llega a un desenfreno de comparaciones que sólo puede ser puesto en parangón con el método que empleaban algunos etnólogos a fines del siglo pasado y que ya se ha rechazado casi unánimemente.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

1) La cuestión del derecho materno.

Bachofen, en un libro publicado hace ochenta años ya, y en el que hay rasgos indudables de intuición genial, demostraba que en un período primitivo de la Humanidad las sociedades de manera homogénea habían pasado por un régimen "matriarcal" e incluso de ginecocracia, es decir, de autoridad femenina. La demostración la hizo a base de textos clásicos la mayoría de las veces, aun cuando recurrió, cuando pudo, a los testimonios de ciertos viajeros y exploradores de su época o de una época anterior a la suya. Y lo más notable de ella es que revelaba además, con una constancia que parecía constituir ley general, que el matriarcado era una institución anterior al patriarcado, que éste en la mayoría de los casos venía a sustituir a quél. Bachofen señaló tres estados en la vida social: α) Hetairismo, β) Matriarcado, γ) Patriarcado, e incluso extendió esto a la vida política, hallando estados gobernados por mujeres (115).

Después los etnólogos Mac Lennan, Morgan, Tylor, S. Hartland, etc., ampliaron la base de la teoría de Bachofen; pero más recientemente aún se ha visto que tal ley general no existe, aun cuando quede como mérito indiscutible del investigador de Basilea el haberse fijado en hechos de importancia evidente en la historia social.

Si dejamos a un lado ahora las discusiones generales, al examinar el material que utilizó Bachofen nos encontramos con que procedió simplificando. Halló matriarcado entre la mayoría de los pueblos antiguos unas veces claramente, otras en forma de vestigios. Y debemos decir que en terreno etnológico esto de los vestigios es como el "substrato" en Lingüística: mate-

(115) "Das Mutterrecht. Eine Untersuchung über die Gynaikokratie der alten Welt nach ihrer religiösen und rechtlichen Natur" (Stuttgart, 1861).

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

ria peligrosísima de manejar (116). De suerte que la crítica posterior vino a concluir que todo lo referente al derecho materno entre los griegos, que había deducido del análisis de ciertas inscripciones, de un pasaje de Esquilo, etc., era excesivo (117).

De la misma manera se han rechazado otros argumentos, y así ahora se puede admitir que donde es lícito señalar que ha existido el derecho materno en ciertas formas y éstas variadas es: entre los licios del Asia Menor (118), acaso entre los antiguos etruscos (119), en la zona N. de España ya indicada y en las Islas Británicas, sobre todo en Irlanda (120). En el mapa II se indica con puntos la repartición del derecho materno en la Europa ya histórica de la Edad del Hierro, en la conocida por los escritores clásicos, que van entre el siglo V y el I a. de J. C. o algo después. La Etnología moderna también admite que en época anterior debió de desarrollarse un tipo de derecho materno en la costa S. del Mediterráneo (121), y hay que señalar que entre los pueblos del Cáucaso meridional se

(116) El vestigio es aquel rasgo cultural de contornos poco claros de cuya existencia se pretende deducir la anterior de otro de caracteres precisos. Hay que distinguir con toda claridad entre este tipo de elementos y aquellos que hasta el presente han conservado toda su validez y significación, aunque sea con una vida precaria y poco robusta.

(117) H. J. Rose, "Prehistoric Greece and Mother-Right", "Folk-Lore", XXXVII (1926), 213-244.

(118) Sobre el matriarcado licio el "locus classicus" es Herodoto, I, 173; además Nicolás Damasceno, fr., 129; Plutarco, "Virt. mul.", 9. De estos textos partió Bachofen para construir su teoría general.

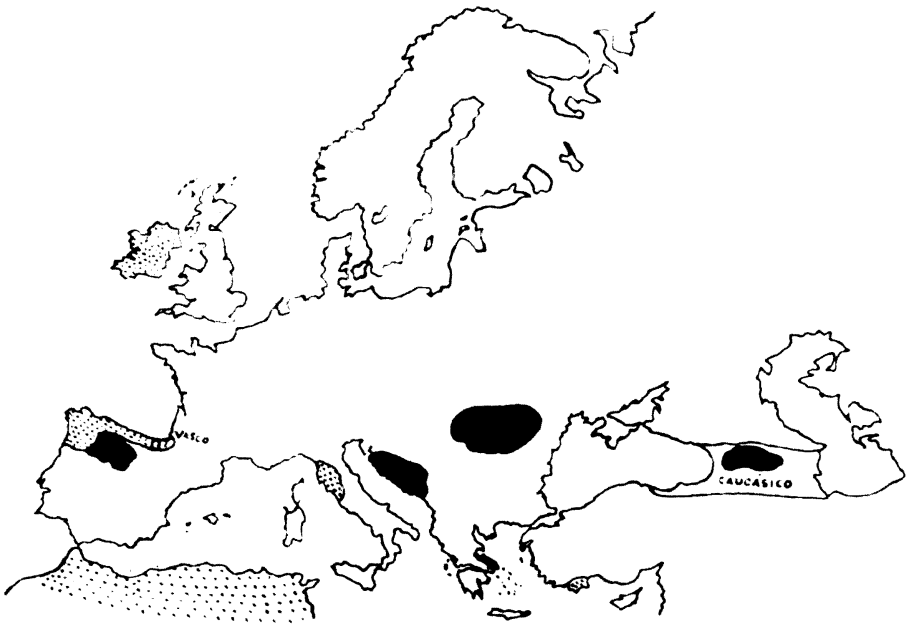
(119) Entre los etruscos la cuestión es de todas formas problemática: la condición social de la mujer era superior a la que tenía en Roma y Grecia y se mencionaba el nombre de la madre, P. Ducati, "Gli Etruschi" (Roma, 1928), 141-142.

(120) J. Weisweiler, "Die Stellung der frau bei den Kelten un das problem des "Keltischen Mutterrechts", "Zeitschrift fur Celtische Philologie", XXI (1939), 205-279.

(121) De una antigua cultura agrícola matriarcal del Mediterráneo africano habla varias veces Hermann Baumann, a cuyas ideas aludo con frecuencia posteriormente: véase notas 125, 161 y 163 en especial.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

hallan también rasgos matriarcales (122). Esto haría pensar a muchos que entre el derecho materno y las lenguas no indoeuropeas del grupo llamado ya por algunos vasco-caucásico, cuya repartición se expresa también en el mapa II, hay una relación. Pero hay que desconfiar de conexiones semejantes, cuando otras como las que establece la escuela histórico cul-



Mapa II.

tural ofrecen una gran cantidad de motivos de quedarse perplejo, y están, sin embargo, más bien fundadas.

Hemos visto, por ejemplo, que el área de extensión del derecho materno en la España antigua está relacionada con la del hórreo sobre pilotes, y la conexión de ambos elementos era admitida por los etnólogos que estudiaron los datos en conjunto para establecer los grandes ciclos culturales. Varron, que ya habla de hórreos semejantes, según va dicho, indica también que en otras partes de España, como en tie-

(122) Según R. Bleichsteiner en su resumen de la Etnología caucásica de "Die Grosse Völkerkunde" de Bernatzik, II (Leipzig, 1939), 6.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

rras de Huesca y Cartagena ("ut in agro Carthaginiensi et Oscensi"), se guardaba el grano en pozos ("puteos") (123). Este sistema se relaciona con los que se encuentran en la actualidad en el N. de Africa y en la zona sahariana. En cambio, para hallar construcciones sobre pilotes hay que bajar hasta la Senegambia y el Níger, y en áreas más o menos discontinuas y variando de forma ocupan éstas todo el centro de Africa hasta una línea que va próximamente desde un poco más al S. de la desembocadura del Cunene en el Atlántico hasta la del Zambeze, formando una ligera ondulación (124). Este territorio es el ocupado por dos grandes grupos de negros de base económica agrícola: el de los antiguos negros, cuyos caracteres no encajan de forma alguna en los esquemas de los ciclos de cultura, y el de los de la familia lingüística bantu, cuyos rasgos sí corresponden en general más a uno de tales esquemas, y entre los que cabe registrar la vigencia del derecho materno, con cierta preponderancia de la mujer en determinadas asambleas, iniciación de las muchachas, mascaradas rituales y cultos en que tienen un papel grande la posesión y el éxtasis, cultivo de las plantas con azada bastante desarrollado, y florecimiento de las artes industriales. Los países típicos de cultura agrícola y matriarcal semejante son Angola, parte de Rhodesia, Nyassa, y en la costa oriental desde el río Rovuma al Zambeze, en la colonia portuguesa de Mozambique (125). (Véanse los límites del grupo lingüístico bantu en el mapa III, señalados con líneas gruesas.)

Estos datos tienen un interés teórico considerable para nosotros. Porque resulta que los agricultores bantu circundan a un pueblo cuyos rasgos son muy semejantes a los que tenían otros

(123) I, 57, 2. También Plinio, N. H., XVIII, 306; César, "B. c.", I, 48.

(124) Según el "Atlas Africanus", II (Munich, 1922), hoja 9.

(125) Sigo aquí las ideas de Hermann Baumann, en la sección "Negerafrika und Nordostafrika" de "Die Grosse Völkerkunde" de Bernatzik, I, (Leipzig, 1939), 266-267, donde hay una síntesis general que luego desarrolla.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

que vivieron en la Península, en un período remoto, muy anterior al descrito. Y al coincidir de un lado, en cierto modo, la cultura 1 de las tenidas en cuenta aquí con varias civilizaciones agrícolas africanas, y de otro una cultura de cazadores, de más al S. de Africa, con otra de cazadores hispánicos, se puede sospechar la existencia de oleadas culturales que fueran de N. a S. de este Continente repetidas veces, a través de grandes períodos.

Es significativo el hecho de que las actuales culturas agrícolas negras se hallen englobando a otras más primitivas, como las de los pigmeos y bosquimanos, y de que a su vez estén enmarcadas por el N. sobre todo (dejando el desierto aparte) por las de los ganaderos y agricultores superiores con conocimiento del arado, pero con residuos de culturas agrícolas y matriarcales más viejas. Africa en muchos aspectos es como un inmenso "yacimiento en vivo" en el que las porciones menos primitivas o más mezcladas están al N. y en las costas.

Vemos que para encontrar en otras zonas de Europa agregaciones de rasgos culturales del tipo de las que hay entre los bantu habría que remontarse mucho en el pasado, pero al fin se encontrarían en curiosa secuencia. Más aún habría que dirigirse al pasado remoto para hallarlos parejos a los de los bosquimanos, pero se apreciarían con mayor claridad, sin embargo.

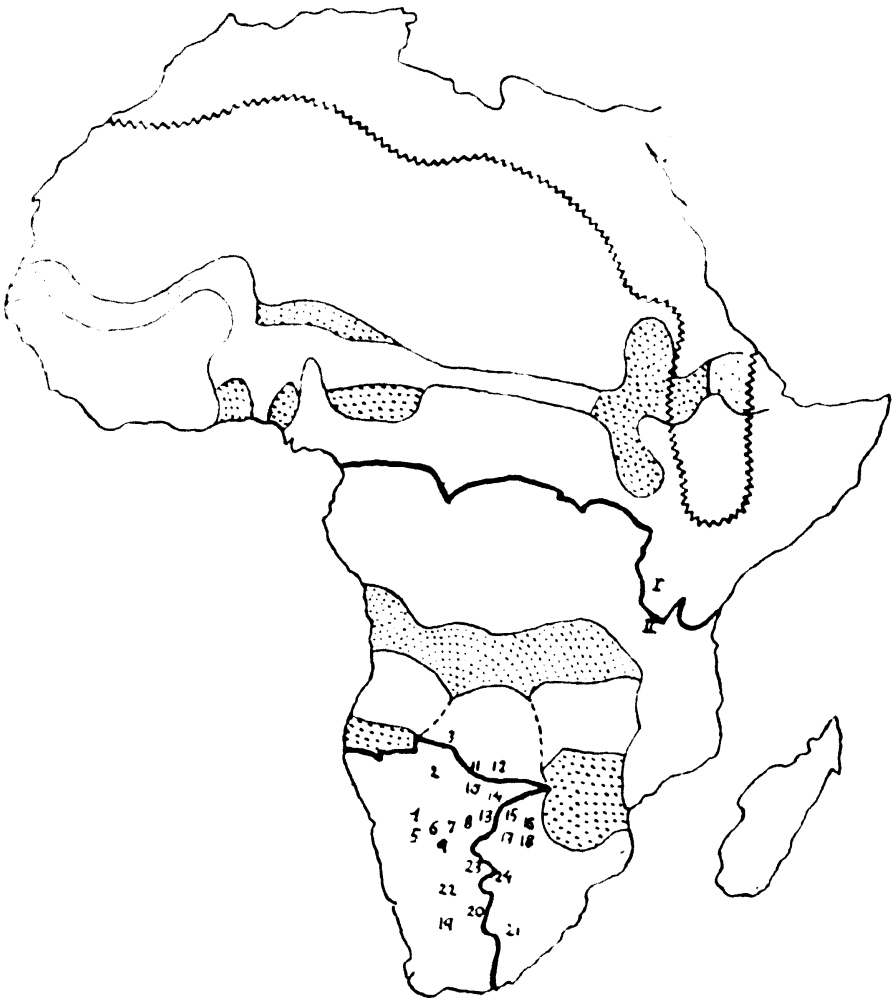
En épocas históricas e incluso en la actualidad se pueden llegar a descubrir en la vida rural europea elementos que no desentonarían en una aldea de Rhodesia; por ejemplo, ciertos tipos de los hórreos o graneros referidos, cuya repartición en nuestro Continente es muy abundante y varia (y que no guarda gran relación con la del derecho materno o el trabajo en el campo de las mujeres, como en España, por cierto), o las danzas agrícolas del tipo vasco someramente descritas antes, y que constituyen, en cambio, un caso insólito (126). Mas, como digo,

(126) Las danzas mágicas de los pueblos agricultores son muy homogéneas y acompañan, asociadas a las mascaradas, a cada labor campestre, desde la de la roturación hasta la de la cosecha. Se observa también una relación estrecha entre ellas y el culto a los muertos, relación

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

dejando a un lado el estudio de lo que vulgarmente se llama Folklore, la Arqueología ofrece paralelismos tan curiosos y más conocidos.

No voy ahora a hablar con extensión del problema etno-



Mapa III.

lógico de los bosquimanos (véanse en el mapa III los puntos numerados que indican su situación actual). Pero sí he de se-

de la que han quedado muchos rasgos en el folklore europeo inclusive. Este caso vasco es, sin embargo y como digo, excepcional.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

ñalar que para autores concienzudos, como H. Baumann, al que se debe la última síntesis de Etnología africana, es clara la existencia de una vieja cultura bosquimana que comprendía antes a más pueblos que ahora, cultura que se relaciona con la que denomina de "cazadores de las estepas", que en un tiempo constituyeron cierta unidad eurafricana, que ha dejado sus vestigios en Africa oriental y septentrional y a través del Sahara y territorios limítrofes. Dentro de esta cultura habría que incluir a los pueblos que hicieron las pinturas del Levante español, sobre cuya cronología se discute tanto y que se parecen de manera sorprendente a las hechas por los bosquimanos. La mayor parte de los especialistas, en efecto, consideran que el arte, así como otros rasgos culturales (dejando a un lado los problemas antropológicos y lingüísticos que se prestan asimismo a conjeturas sugestivas), los han captado los segundos de un pueblo de tipo europeo del Paleolítico superior o del Mesolítico (127).

Admitido esto, cabría admitir una relación de tipo análogo entre los rasgos de las primitivas culturas agrarias africanas

(127) Entre los pueblos no negros de Africa son importantes por su primitivismo los bosquimanos, además de los pigmeos. Estos segundos ocupan selvas de la zona ecuatorial y hay indicios suficientes para pensar que ya en la antigüedad vivían en latitudes semejantes, aun cuando dominaran áreas más extensas. Las referencias de Aristóteles, "De anim. hist.", 597.ª, 5-6, y antes Homero, "Il.", III, 31, etc., hacen pensar en pueblos pigmeos que pudieran ser los antecesores de los akka actuales. Más antiguas son aún las del príncipe egipcio de la VI dinastía, Herkhuf: H. R. Hall, "The ancient history of near East" (Londres, 1916), 136, n. 2. Por lo que se refiere a los bosquimanos, que en ciertos aspectos parecen tener mentalidad más desarrollada que los pigmeos, y que racialmente son parientes de los hotentotes, que ya son pastores, la cuestión de sus relaciones con los pueblos prehistóricos peninsulares se debate mucho en detalles, aun cuando haya unanimidad en pensar que existe. Sobre su arte, H. Obermaier y H. Kühn, "Buschmannkunst, Felsmalereien aus Südwestafrika" (Munich-Berlín, 1930); jalones entre el de nuestra zona levantina y este arte bosquimano o denominado tal en general se hallan en el Africa menor; en pinturas que difieren en absoluto de otras que ocupan porciones considerables del Africa septentrional y que debieron empezar a hacerse en un período más tardío.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

y los de las europeas. Pero hay que reconocer que los complejos agrícolas son muy difíciles de analizar históricamente y más aún los de ciertos pueblos de recolectores simples, como los que tenemos derecho a pensar que vivieron en partes de la Península entre el Paleolítico superior (época de pueblos cazadores en bloque) y el Neolítico.

Examinando siempre el área 1 de las descritas hallamos que en la edad Mesolítica, a lo largo de la costa, vivió un pueblo de recolectores y pescadores (el denominado Asturiense). Pero aún en el siglo I a. de J. C. la base alimenticia vegetal más importante no era allí lo que sacaban las mujeres de sus pequeños campos, sino la bellota que se recogía para hacer diversas pastas harinosas (128). Ahora bien, después de leer la descripción clásica de las operaciones a que se sometía la bellota en el N. de España y de examinar los datos arqueológicos y los hórreos circulares, denominados "cabazos", en que ésta se guarda en ciertas partes de Galicia todavía, nada más natural que se le venga a uno a la imaginación, a poco enterado que esté de la Etnología actual, el cuadro que nos ofrece Fritz Krause de la vida económica de los indios pomo, maidú y miwok de California, que se alimentan fundamentalmente de bellota, que la trituran y molturan como la trituraban y molturaban los pueblos del Cantábrico, y que la conservan en hórreos que recuerdan extraordinariamente a los "cabazos" (129). La imposibilidad de una relación entre los indios de California y nuestros antepasados del tipo de las señaladas entre culturas de cazadores africanos y europeos nos hace ver cuán difícil y peligroso es también el manejo de la teoría de la difusión sin ciertas precauciones, y cómo en casos hemos de admitir la posibilidad de la convergencia para explicar la fuerte analogía de ciertos hechos.

(128) Estrabón, III, 3, 7 (155). Compárese con A. García Bellido, "El castro de Coaña (Asturias) y algunas nota sobre el posible origen de esta cultura", "Revista de Gimaraes", L (1940), 301.

(129) Fritz Krause, "Die Kultur der Kalifornischen Indianer in ihrer Bedeutung für die Ethnologie und die nordamerikanische Völkerkunde" (Leipzig, 1921); sobre los cabazos, la nota 19.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

2) Algunos viejos elementos culturales en el N.

Con relación al área pirenaica es interesante notar ahora cómo en la zona occidental de ella han quedado vestigios de culturas muy arcaicas, elementos culturales que pueden corresponder no sólo a pueblos pastoriles, sino también a pueblos cazadores o recolectores del aire más primitivo.

Entre éstos podemos poner, como ejemplo más característico, los recipientes de madera en los que se cuecen los líquidos (y ahora en particular la leche) con piedras candentes que se introducen dentro, recipientes llamados en vasco "kaikuak" u "oporrak", según su tamaño. Los prehistoriadores, de acuerdo en esto con los etnólogos, convienen en que semejante procedimiento de cocción se halla en pueblos anteriores a los de economía pastoril (130). Que en vasijas análogas a las actuales se cocían en la época cuaternaria los magurios y litorinas de que se alimentaba el habitante de la costa del Cantábrico, lo deduce Barandiarán del hecho de "que entre los restos de comida de los yacimientos magdalenienses suelen hallarse a veces grandes acumulaciones de conchas de estos mariscos, enteras y sin señales de haber estado directamente expuestas al fuego, siendo así que en tales condiciones, viviendo aún el animal, su carne no podría ser extraída" (131).

Análogamente hoy día pueblos como los citados de California y otros muchos, cazadores y recolectores por lo común, cuecen sus alimentos. A lo largo de esta área pirenaica y en la Cantábrica se pueden señalar otros rasgos que van asociados ya con formas de vida anteriores a la agricultura simple y pastoreo. Dejando a un lado el método de caza al ojeo o con trampas, que se extiende considerablemente por todas las zonas

(130) Obermaier, "El hombre primitivo", 37.

(131) "El hombre primitivo en el País Vasco", 44-45. Aún más rústico es el procedimiento usado por los pastores en ciertas sierras que usan agujeros de roca para cocer dentro leche.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

montañosas hispánicas, podemos recordar la bramadera o zumbadera que en regiones se usa por los pastores para llamar a los animales y en otras por los muchachos como objeto de diversión en Carnaval (132). La bramadera es de los elementos de cultura que tienen una difusión más enigmática y sorprendente, pues nos la encontramos desde las culturas australianas del S., S. E. y N. W., en las que juega un papel preponderante en la vida religiosa (considerándose que su ruido es la voz de un dios supremo), hasta la cultura griega, en que sigue teniendo importancia excepcional en los misterios, y por fin en la Europa moderna, con cierto carácter demoníaco siempre (133).

Hay que señalar también que constituye un problema, si no tan general como el que supone la existencia de la bramadera, por lo menos de igual interés para nosotros, el de las casas de planta circular que aún hoy se hallan como viviendas, fundamentalmente pastoriles, en las montañas del Cebreiro y en toda la zona donde se unen Galicia, Asturias y León. Semejantes casas se relacionan con las descubiertas por los arqueólogos en los castros del N. de Portugal, Galicia y Asturias igualmente y que han adscrito a los celtas Bosch Gimpera y otros. Sin embargo, hay motivos para pensar que pueden ser producto de una evolución "in situ" de las viviendas redondeadas características de muchos pueblos recolectores. Más al E. de la zona cantábrica y en el Pirineo los albergues pastoriles son de planta rectangular, planta más frecuente entre los pueblos agrícolas primitivos, aunque de esto no se haga ley general (134).

(132) Sobre la expansión de la bramadera en España, César Morán, "Datos etnográficos", en "Soc. Esp. de Antrop., Etnogr. y Prehist. Actas y Memorias", X (1931), 204-205 (de las Memorias); en general, R. Pettazzoni, "I misteri" (Bolonia, 1924), 1-40.

(133) Pettazzoni, op. cit. El que llamó la atención sobre este aparato y su rara difusión fué A. Lang. "The bull-roarer", "Custom and myth" (Londres, 1885), 29-44.

(134) Véase el artículo de A. García Bellido citado en la nota 128. Hay que señalar que a lo largo del Mediterráneo abundan las construc-

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

Tampoco entre los celtas de la meseta se hallan construcciones circulares, de suerte que resulta un poco sistemática la opinión referida. Por otra parte, no todo lo que usaron los celtas es típicamente "celta". Estrabón nos dice, por ejemplo, que los celtíberos del valle del Duero cocían los alimentos con piedras (135), pero éste como otros muchos hábitos de gentes de lengua celta, pueden y deben haber sido cogidos por ellas de culturas anteriores a la expansión de dicha lengua por el S. y W. de Europa, del mismo modo como los celtas de las Islas Británicas cogieron rasgos matriarcales de la población anterior, mientras que los del Continente siguieron siendo patriarcales, como también lo fueron otros pueblos de grupos lingüísticos hermanos (136).

3) El origen del carro.

Es un enigma, a causa de la poca atención que se ha prestado a los residuos animales y vegetales en las excavaciones arqueológicas y a la falta de apoyo en ellas de los naturalistas españoles, el de los orígenes de la ganadería en España, que está en relación con el problema de las invasiones. ¿Es de Africa o es de Europa de donde vinieron las primeras especies domésticas? Creo que a tal pregunta no se puede responder unilateralmente. Pero en cambio sí se puede asegurar que ya en la Edad del Bronce habían llegado las más importantes, si no es que en la misma Península hubo un centro de domesticación (137). Los pueblos pastoriles de la Edad del Hierro, como

ciones de planta circular de usos y épocas variadas. Por lo demás, dar a un tipo de cabaña primitiva, sea rectangular o circular, el nombre de celta u otro cualquiera de esta clase, es abusivo.

(135) III, 3, 6 (154), sobre los recipientes de madera que usaban los pueblos del N., III, 3, 7 (155).

(136) Véase nota 120.

(137) El origen de los toros de lidia españoles, a cuyos rebaños de las marismas andaluzas alude Estrabón, III, 2, 4 (143) y cuyo parentesco

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

los que ocupaban la meseta, no heredaron por un solo lado, el llamado céltico, sus características económicas peculiares.

Hemos visto antes cómo en vasco la noción de riqueza y la de abundancia de ganado van unidas. Además en esta misma lengua "los nombres de algunos animales como el toro, la vaca, el buey, la cabra, el carnero, la oveja, el puerco, el caballo y el perro y de las diversas fases de su vida suponen previa domesticación de los mismos. No siendo, por otra parte—como indica Barandiarán, a quien tomo este párrafo—, referibles a las lenguas indoeuropeas, es preciso reconocer que su incorporación al léxico vasco es independiente de la expansión de la cultura indoeuropea..." (138). Hay que conexionar en parte la existencia de cierta ganadería con la Edad del Bronce por lo menos. Y hay varios elementos culturales superiores que dependen de la tenencia de tal ganadería, que indudablemente llegaron aquí por la misma época.

Entre ellos el más curioso es el carro chillón. España constituye una de las áreas más ricas en variedades de esta clase de carros, que se diferencian por la forma de las ruedas sobre todo. Estas variedades no rebasan los límites del área 1 de las marcadas, si no es en la parte de Portugal y W., aunque es posible que en otra época ocuparan mayor espacio. La rueda maciza del carro vasco de Guipúzcoa, N. de Navarra y parte E. de Vizcaya recuerda a las que se han hallado en las excavaciones de Ur y a las de las carretas del Cáucaso actual. En cambio, la rueda del W. de Vizcaya, Alava, etc., se parece a las que hay representadas en vasos griegos del siglo v a. de J. C. y en pinturas esquemáticas hispanas de la Edad del Bronce justamente, que representan sin duda carros y trineos. Las ruedas gallegas, asturianas, leonesas y portuguesas ostentan diferencias que se prestarían a un interesantísimo estudio compa-

con el uro extinguido en el Neolítico ya, parece evidente: constituye un problema zoológico de interés.

(138) Barandiarán, "El hombre primitivo en el País Vasco", 67-68.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

rativo (139). A lo largo de los siglos han conservado su carácter invariable: en una tabla del retablo mayor de la catedral de León que representa la traslación del cuerpo de Santiago, y que data de la primera mitad del siglo XV, está pintado un carro como los propios de la región ahora, con sus ruedas características (140).

Muchos de los carros de los pueblos que vinieron en la Edad del Hierro eran de ruedas radiadas al parecer (141).

Aparición de semejante elemento podría estar relacionada particularmente con el III período en que se divide la Edad del Bronce española, cuando llegan también a la Península muchas formas arqueológicas de Europa, a diferencia de los períodos anteriores, que tienen una fuerte fisionomía mediterráneo-africana (142). No hay que olvidar que el origen del carro hay que buscarlo en una cultura particular de la Edad del Bronce de la Mesopotamia y que de allí se ha transmitido a otras hasta alcanzar los límites que hoy día tiene. El carro es característico de los países del viejo Continente (143). ¿Está en relación su aparición en España con las semejanzas del vasco y el caucásico? He aquí un curioso problema. Recordaremos, sin embargo, que ahora hay una tendencia a considerar que con el Bronce final entran en España diferentes pueblos indoeuropeos de lengua a los que podría también atribuirse la introducción del carro.

(139) Hay muchos estudios sobre el carro español; baste citar aquí, como más sintéticos o importantes ahora, T. de Aranzadi, "Etnografía, sus bases", etc. (Madrid, 1917), 19-31. J. Cabré, "La rueda en la Península ibérica", "Soc. Esp. de Antrop., Etnogr. y Prehist. Actas y Memorias", III (1924), 71-96.

(140) Gómez-Moreno, "Catálogo monumental", cit. Láminas (Madrid, 1926), 374.

(141) Véase el artículo de Cabré, cit. en la nota 139.

(142) Martínez Santa-Olalla, op. cit., 154. Conviene, sin embargo, ampliar la base de nuestros conocimientos sobre este punto.

(143) Sobre el origen del carro se ha escrito mucho. Pero véase lo que dice R. Lowie, "Manuel d'Anthropologie culturelle" (París, 1936) 177-178, en vista de los descubrimientos de C. L. Woolley en Ur, etc.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

Se ha hablado mucho de los ligures, que autores como Schulten emparentaban con los vascos, pero que ahora se consideran como de lengua medio indoeuropea con elementos que no lo son, y se habla incluso de los ilirios, tomando como base el substrato lingüístico que ofrece la toponimia. Yo no he de tratar aquí de semejantes hipótesis, la última de las cuales parece que se va afianzando mediante el auxilio de la arqueología (144); pero sí he de indicar que los últimos pueblos que cabe referir a la Edad del Bronce (IV) en Castilla y Aragón parecen haber sido más agricultores que los claramente celtas de la Edad del Hierro; vivían en aldeas situadas en territorios cultivables y formadas por un número bastante grande de chozas o cabañas (145).

¿Habría posibilidad, por otro lado, de relacionar el bronce caucásico con alguno de los tipos del bronce hispánico? Mi conocimiento de los materiales arqueológicos no es muy directo para poder sentar conclusiones. Pero he de manifestar que me ha producido siempre una gran sorpresa el hecho de que entre las construcciones dolménicas del Cáucaso occidental y algunas de la Península hubiera semejanzas de detalle y en especial en los signos colocados en ellas, así como existen también allí pinturas que coinciden con ciertas de la Edad del Bronce de Galicia por ejemplo (146). La complejidad de los problemas

(144) Ha sido desarrollada por Menéndez Pidal, "Sobre el substrato mediterráneo occidental", "Ampurias", 2 (Barcelona, 1940), 3-16. Contra la tesis de Schulten identificando a vascos y ligures ya escribió H. Schuchardt, "Baskisch = Iberisch oder = Ligurisch", "Mitt. d. Anthrop. Ges. in Wien.", XLV (1915), 109-124.

(145) Martínez Santa-Olalla, op. cit., 156. La densidad de los fondos de cabaña agrupados es, cuando menos, un indicio de la existencia de vida bastante sedentaria.

(146) A. M. Tallgren, "Sur les monuments megalithiques du Caucase ocidental", "Eurasia Septentrionalis Antiqua", IX (1934), 1-46. A todos los datos expuestos sobre relaciones de los pueblos caucásicos y peninsulares habría que añadir las tradiciones clásicas sobre la relación de la Iberia asiática y la europea, sobre las que Estrabón, I, 3, 21 (61), se mostraba escéptico.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

vemos que aumenta a medida que vamos entrando más en esta discusión.

4) La domesticación de animales.

El carro supone la domesticación completa del ganado mayor. Pero hemos visto que aún en épocas históricas uno de los núcleos pastoriles de la meseta, el de los vetones, era de ganaderos que apenas utilizaban a las vacas en trabajos de ninguna clase. Que esta clase de pastoreo es anterior a la utilización es evidente. Aún hoy día en vasco al carretero y boyerizo le denominan "itzai" = el que cuida bueyes, el vaquero, en el sentido que la palabra tiene en Andalucía y en la zona 4 de dehesas, carpetovetónica, precisamente (147). Al hablar otra vez del área meridional y de las cuestiones que plantea creo que será momento oportuno para volver a tratar de la domesticación de ciertos animales. Insistiré, sin embargo, ahora en que el pastoreo del tipo vetón, desde un punto de vista general, es absolutamente independiente de la utilización del ganado vacuno como medio de tracción, a la que según va dicho hay que buscar un origen local muy preciso, como también hay que buscarlo a un invento que está estrechamente ligado con ella: el arado. No se puede pensar que el nomadismo pastoril deriva del cultivo con éste, como pensaba E. Hahn.

5) La difusión del arado y el colectivismo.

La combinación genial del cultivo de plantas con la domesticación de la vaca parece haberse efectuado en un punto y momento determinado para difundirse después. Y lo más probable es que también tuviera lugar en la Edad del Bronce en Mesopotamia, como creía el citado Hahn, sea o no cierto el origen reli-

(147) Barandiarán, "El hombre primitivo en el País Vasco", 69-70.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

gioso que él mismo daba al apero (148). Investigadores más modernos han hecho la distinción fundamental, a que hemos aludido, entre los arados de cama curva o mediterráneos y los cuadrangulares. En España además habría que distinguir, dentro de los de cama curva, los arados dentales, que ocupan toda la parte meridional, desde el S. de la provincia de Murcia (incluída Lorca), gran parte de Badajoz y las mitades occidentales de Cáceres, Zamora y León, y los arados-cama o castellanos, que ocupan la mayor extensión del país, dejando a un lado las zonas en que se utiliza la laya o el arado cuadrangular. El territorio de los vacceos, donde en la antigüedad se registró el colectivismo agrario, entra dentro de la zona en que se emplea el arado-cama o castellano (véase mapa IV).

Por lo contrario, el de los lusitanos y turdetanos de las áreas 6 y 7 es el de la zona del arado-dental, que se halla igualmente en todo el Mediterráneo, y es el que describen, desde Hesiodo a San Isidoro, varios escritores clásicos. Virgilio, en cambio, parece describir el arado-cama. Estamos, pues, en presencia en ambos casos de dos tipos de repartición distinta, pero los dos de la Europa meridional: el primero más arcaico que el segundo probablemente (149). En Africa el arado curvo ocupa todos los territorios septentrionales del Mediterráneo occidental y medio. En la parte oriental alcanza latitudes más meridionales por influencia de las culturas agrícolas del Nilo (véase su límite señalado con una línea quebrada en el mapa III) (150). De todas suertes, si comparamos la extensión de este elemento cultural con la de otros que hemos registrado en aquel mismo

(148) Ed. Hahn, "Von der Hacke zum Pflug" (Leipzig, 1914), construyó una teoría muy sistemática en punto al origen del arado que ha sido criticada en varios aspectos por Koppers, Graebner, etc., pero que no obstante encierra algo de verdad al parecer.

(149) R. y B. Aitken, op. cit., nota 72, 109-119, los límites entre los dos tipos de arado de cama curva no se han fijado, y es posible que no sean muy precisos.

(150) Según el "Atlas Africanus", II, hoja 8: su relación con el límite N. de los pueblos negros parece cierta.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

Continente, vemos cuánto más moderna tiene que haber sido su expansión. Estableciamos relaciones entre culturas del Paleolítico español y del S. de Africa. El arado, producto de la Edad del Bronce, que requiere el conocimiento de la domesticidad, se

Mapa IV.

ciñe en el Continente negro a los territorios muy conocidos en la Antigüedad.

Es un hecho que llama poderosamente la atención el de que en España apenas se haya conocido el arado de ruedas, que los romanos denominaban "curuca" y que tomaron a los galos y germanos. Y, no obstante, se practicó un régimen colectivista que recuerda algo al de varios de los referidos pueblos (151). Es lástima que aquí no se hayan hecho investiga-

(151) El texto de Tacito, "Germ.", 26, ha sido amplia y variamente discutido, pero no cabe duda de que alude a un régimen colectivista especial.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

ciones sobre el sistema de repartición de la tierra, análogas a las que se han practicado en Inglaterra con el auxilio de la fotografía aérea para precisar más en este punto. En Inglaterra se ve que las tierras más pronto cultivadas tenían una configuración circular y que debían de haberlo sido con azadas. Después aparecen unos territorios cuadrangulares o rectangulares pequeños, que se adscriben a los celtas y que debían ser cultivados con arados sin ruedas, y por último, en ciertas zonas ocupadas por los britones y los belgas se roturan, con arados de ruedas, grandes extensiones (152).

Pero este proceso no es válido para toda Europa, como es natural. Es muy posible que en España se hallen con el tiempo campos cultivados en épocas pasadas de forma circular y cuadriculados del tipo llamado céltico (aunque semejante división es la corriente aún hoy día en muchos pueblos del Mediterráneo), pero no cabe duda de que formas de colectivismo agrario del tipo de la de los vacceos pueden corresponder ya a pueblos preceltas de los que entraron en España en la Edad del Bronce. Es muy significativo que se hallen en la antigüedad análogas entre los dálmatas y getas y entre los iberos de Asia (153), o sea pueblos de abolengo ilirio y caucásico justamente (mapa II, las zonas negras).

6) Los elementos africanos.

Con respecto a las especies cultivadas, el problema presenta las mismas dificultades que el del origen de los animales domésticos. Sin embargo, según ya se ha expuesto, se indica a la Lusitania como una de las zonas de Europa en que se cul-

(152) T. D. Kendrick y C. F. C. Hawkes, "Archaeology in England and Wales, 1914-1931" (Londres, 1932), 149, 173-174, 300-301, etc.

(153) Véanse notas 69 y 70. Para los iberos del Cáucaso, Estrabón, XI, 3, 6 (501). Las formas de explotación comunal no son siempre iguales, aunque todas estas se pueden estudiar en bloque, separándolas de las germánicas.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

tivaron con mayor intensidad, justamente desde períodos remotos. El complejo agrícola lusitano, como el del valle del Guadalquivir, va unido a tantos y tantos elementos culturales mediterráneo-africanos, que no hay más remedio que pensar que muchas de las especies vegetales cultivadas llegaron allí de Africa en el período Neolítico, en el que la Península recibe considerable cantidad de elementos de origen egipcio sobre todo.

El comienzo del Neolítico español coincide—según Menghin—con las dinastías III-VI del Imperio antiguo (154), de suerte que hay derecho a pensar que los rasgos de cultura superior que se dan insistentemente en el S. de España ya en tal período, y que la escuela de los etnólogos histórico-culturales de Viena consideraría como producto de la fusión de un ciclo "secundario" llamado "totémico matriarcal", con otro de pastores y agricultores y otro más oscuro y problemático aún de "pastores totémicos", deben haberse ya traído elaborados en cierto modo de Africa. La cerámica, la piedra tallada, etc., nos lo corroboran. Pero hay que desconfiar de la tendencia a considerar que entonces España constituída una unidad cultural absoluta.

La distinción entre una cultura hispano-mauritana de tendencias pastoriles con cerámica incisa y estampillada con conchas, o pintada, y otra de tendencia agrícola ibero-sahariana con cerámica lisa, trabajada excelentemente, distinción que apoya Martínez Santa-Olalla (155), tiene una gran base de verdad ciertamente, pero el estudio de cómo se reparten otros elementos culturales, de su gradación, nos hace ver que la unidad cultural no se extendía a todos los órdenes de la vida.

De todas formas, el florecimiento neolítico de la arquitectura urbana y megalítica, y de otros rasgos en el S. de España, son suficientes para marcar los precedentes fundamentales de

(154) "Egipto y la Península hispánica", "Corona de estudios", cit., I, 167-183. Las primeras relaciones con Africa en general, como se ha indicado en la nota 126 y otras, serían muy anteriores.

(155) Martínez Santa-Olalla, op. cit., 151-152.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

las áreas 6 y 7 y de muchos elementos que rebasan tales áreas. Pero no por eso se ha de admitir como cierta la teoría que hace que todos los dólmenes españoles tengan un mismo y claro desarrollo, ni la demasiado esquemática que corre como buena acerca de la expansión del vaso campaniforme, ni hay que pensar sistemáticamente que todos los bienes culturales del Neolítico provienen de Africa.

Si examinamos, por ejemplo—y pese a lo dicho—, la repartición de los cereales más antiguamente conocidos en la Península, nos hallamos con grandes motivos de perplejidad, pues se hallan en Egipto a la vez que en el Neolítico de la Europa central, y no hay que olvidar que tales cereales se encuentran en forma silvestre en áreas que van desde el Asia central hasta las llanuras de la Rusia del S. (156).

7) Las monarquías superiores.

Hay también en el área del Guadalquivir elementos de cultura mediterráneos que no han llegado a ella por la costa africana y que encajan en la Edad del Bronce perfectamente. Uno de ellos es, según creo, la escritura en el sistema "boustrofedon", que se encuentra allí con analogías sorprendentes con las escrituras de ciertas islas del Mediterráneo oriental, sobre todo de Creta, aunque hay investigadores como Schulten que piensan que semejante escritura es propia de los tirsenos, que serían de los primeros colonizadores del S. de España en tal caso (157).

Esto no se halla todo lo claro que debiera, pero además hay

(156) Obermaier, "El hombre prehistórico...", 146. Aun hoy día, pueblos con caracteres conservadores y arcaizantes cultivan especies que generalmente no se usan (como se indica más arriba del vasco), y tales pueblos se extienden por áreas muy discontinuas de Europa y Africa. Véase nota 77.

(157) "Die Tyrsener in Spanien", "Klio", N. F., XV (1940), 73-102. La relación con lo cretense que supone Gómez-Moreno, discurso cit., 9, parece la más acertada, como indicamos.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

que admitir que por el mismo período en que se extendieron a lo largo del Mediterráneo los sistemas diversos de escritura surgen también ciertos hechos de orden social interesantísimos: acaso el más importante es el de la constitución de monarquías hereditarias del tipo de la tartesia legendaria descrita por Justino, en texto cuyo valor histórico cultural ya se ha subrayado. No creo exista un estudio comparativo moderno sobre las monarquías que aparecen en Europa en el período legendario de la historia de cada pueblo, que coincide con la Edad del Bronce en conjunto, lo mismo en Grecia que en Roma, que en Etruria, que en el N. de Africa, que en Creta. Por eso no se puede determinar con exactitud dónde surgió la idea de la institución monárquica con caracteres divinos, tal como aparece en el mito de Habis, o en los mucho más conocidos de Minos, Rómulo o Numa, aunque sí cabe considerar que obedecen a una oscura y remota realidad. Muchos viejos pueblos mediterráneos aparecen como gobernados en un tiempo por misteriosos reyes de aire divino, nacidos en circunstancias extraordinarias, que sufren diversas pruebas y que terminan legislando e inventando cosas beneficiosas para sus súbditos. La Etnología actual puede proporcionarnos curiosos y efectivos ejemplos paralelos (158).

Pero antes del período en que se supone vivieron tales reyes hay derecho a pensar que en un área aproximada a aquella en que existieron hubo otro tipo de monarquía: aquel que hace del rey una divinidad y una víctima a la vez, rey al que se le asesina cuando se considera que su potencialidad mágica, fundamental para la colectividad, va decayendo. En casos, a tal asesinato sigue un período de anarquía y desórdenes que se considera que tiene un carácter religioso (159).

---

(158) Desde un punto de vista histórico-cultural no conozco un buen estudio sobre esto. Véase, sin embargo, Graebner, "El mundo del hombre primitivo" (Madrid, 1925), 181-183.

(159) Ya reunió un material abundante sobre esta forma de la monarquía sir J. C. Frazer, "The Golden Bough. Part I: The Magic Art and

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

Apoyan esta idea, entre otros, los datos que poseemos acerca de la misteriosa institución del sacerdote-rey de los esclavos adscrito al culto de Diana junto al lago de Nemi ("rex Nemorensis"), a quien sustituía siempre su asesino, o cultos del tipo de los de las Saturnales, que se encuentran desde el Asia anterior hasta España, y en los cuales se asocia el asesinato real o ficticio de un rey momentáneo con la anarquía y desorden mayor. Tales cultos han dejado abundantísimos rastros en el folklore europeo (160), pero tan interesante como consignar esto es hacer notar que en ciertas regiones de Africa se ha registrado la existencia de forma de monarquía semejante, considerando autores como Frobenius que hay que entroncarla con las registradas en el mundo antiguo. Notemos que la expansión de esta forma de la monarquía está relacionada con la de otros elementos culturales de tipo superior, como construcciones de piedra, etc., cuya antigüedad en general no es tan grande como suponía, sin embargo, el investigador referido (161). (Véanse las bandas en parte punteadas en el mapa III.)

El sistema de castas que hemos notado como propio del pueblo tartesio, castas que se diferenciaban por su nacimiento y el género de actividades a que se dedicaban, en un régimen urbano, no es tampoco paralelo al que pudieran tener por la misma época los pueblos indoeuropeos de Europa occidental.

---

the Evolution of Kings", I-II (Londres, 1932), passim, y "Part VI: The Scapegoat" (Londres, 1933), 306-411, donde se estudian más ritos folklóricos relacionados con esto; pero donde se desarrollan mejor los pensamientos expuestos es en "Part. III: The dying God" (Londres, 1930), 1-204 especialmente.

(160) Frazer, op. cit., passim. Cuenta Suetonio, "Calígula", 35, que aquel emperador loco se entretuvo en conspirar contra el desgraciado rey del bosque de Nemi.

(161) "Atlas Africanus", II, hoja 7. Sobre las ideas con que Frobenius ilustra sus mapas ha vuelto el mismo varias veces (véanse además las hojas 10 y 11). Pero Baumann, op. cit., 267, tiene puntos de vista que parecen más concretos sobre el particular, aunque reconoce la importancia de los hechos expuestos en el texto.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

En cambio se asemeja mucho a ciertos regímenes señalados en zonas de Africa que están en conjunto más al N. que aquella en que se registra la monarquía sacerdotal citada (162) y que Frobenius consideraba como propios de una cultura que denominaba sírtica, relacionada con las culturas mediterráneas de Europa (163). El hecho de que los etnólogos consideren que los elementos culturales a que venimos aludiendo, y que se hallan en Africa con repartición diferente, provienen de focos mediterráneos y del Oriente próximo, es lo suficientemente significativo para hacer ver la importancia que tiene la comparación de lo que hallamos en nuestro país, tan influído en epocas remotas por las culturas orientales mediterráneas africano-asiáticas, con lo que se halla en las lejanas tierras de más allá del Sahara con análogas influencias.

Pero los elementos culturales más modernos, propios de los pueblos históricos del Mediterráneo europeo, probablemente encontraron ya la inmensa barrera de las arenas del desierto y por esa causa sólo en la costa y esporádicamente han dejado algunas muestras.

A la época de las grandes influencias intercontinentales sucedió otra de colonizaciones locales, y a ella hay que referir algunos de los elementos que se encuentran ya en la civilización del Guadalquivir denominada tartesia y la mayoría de los propios del área última de las descritas.

---

(162) Pueblos característicos son algunos del problemático grupo lingüístico camítico.

(163) Esta cultura sírtica, "Atlas Africanus", II, hoja 11, no parece tener realidad. Los sistemas señoriales existen, sin embargo, con preferencia en las culturas recientes del Sudán y Sahara, en que se nota la influencia de cierta antigua cultura matriarcal de labradores, que según Baumann, op. cit., 267, ceñía a éstas por el N. y que era característica del Africa mediterránea, como se ha indicado en la nota 121. Por otra parte, el régimen señorial se halla en la cultura de Monomotapa, que asimismo se basa en parte en la cultura de tipo bantu, agrícola y matriarcal. Baumann, op. cit., 267.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

8) Consecuencias y dudas.

El origen del alfabeto monetal llamado ibérico, la cerámica denominada de la misma forma y la escultura también llamada así son una prueba de lo que afirmamos. No hay derecho a colocar ninguno de estos elementos culturales antes de la Edad del Hierro (164), de la edad en que los celtas traen el conocimiento del útil metal a la Península y en que a la vez las costas de Levante empiezan a ser muy colonizadas por mercaderes y marinos de estirpes varias. Y así se da el caso curioso, pero no suficientemente estudiado por los historiadores, de que mientras los celtas llevan a cabo cierta unificación de los elementos culturales de la Península, los colonizadores de Levante hacen que por otro lado se marquen más ciertas diferencias.

Así también, cuando los romanos llegaron a España encontraron una variedad de culturas sobre la que ya dijo cosas muy juiciosas Estrabón y sobre la que modernamente la tendencia a hacer una ecuación de objeto y cultura ha arrojado densas nieblas. Tengo que manifestar sinceramente que no entiendo el contenido que se da en bastantes casos a denominaciones como "cultura ibérica", "cultura del vaso campaniforme", etcétera, que en sí encierran la solución de un problema que en realidad está sólo planteado y creo que se debe advertir que a denominaciones como las usadas generalmente de Edad del Hierro o Edad del Bronce no se les puede dar un abusivo significado desde el punto de vista etnológico.

Hasta que no se abandonen equívocos como el que supone el que unas veces se hable de nombres ibéricos, otras de espadas o pucheros ibéricos y otras de formas de la nariz o concepciones psicológicas ibéricas no hay nada que hacer. Hasta que se deje también de esgrimir triunfalmente un argumento arqueológico para demostrar la verdad de una hipótesis antropo-

(164) Martínez Santa-Olalla, op. cit., 157-166.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

lógica no nos pondremos de acuerdo. Reaccionemos contra la tendencia a discutir cuestiones como la de si los vascos son iberos o si los iberos son africanos antes de tener bien claras nuestras ideas en la cabeza, y procuremos no comparar sino datos homogéneos y concretos.

Alguno me preguntará: ¿Es que usted no se ha dejado llevar aquí mismo por el demonio de la analogía, demonio que, como dice un crítico, impide ver un objeto sin pensar constante y fatigosamente en otro? En verdad que sí me he dejado guiar por él y creo que no hay nadie que en caso semejante esté libre de sus asechanzas, pues es el que domina a toda investigación. Pero dentro de las múltiples tentaciones a que nos somete hay que saber escoger con un poco de criterio entre las analogías de aspecto más absurdo y las menos disparatadas, entre las homogéneas de verdad y las heterogéneas. Si no es en poesía, donde todo es libre, hay poco provecho en comparar la luna con una cara de mujer o las olas del mar con la inconstancia de los sentimientos. Si Linneo hubiera empezado a hacer sus comparaciones de esta suerte, nunca hubiera llegado a distinguir las manzanas de los higos. Examinar elementos culturales y hallar analogías es lícito. Pero no lo es establecer conexianes categóricas entre un dato antropométrico y un elemento cultura, ni construir hipótesis sobre un dato conocido y otro oscuro. La hipótesis útil es aquella que opera sobre datos precisos, pero poco explicados en su aislamiento, no la que se construye sobre una serie de vaguedades y generalidades.

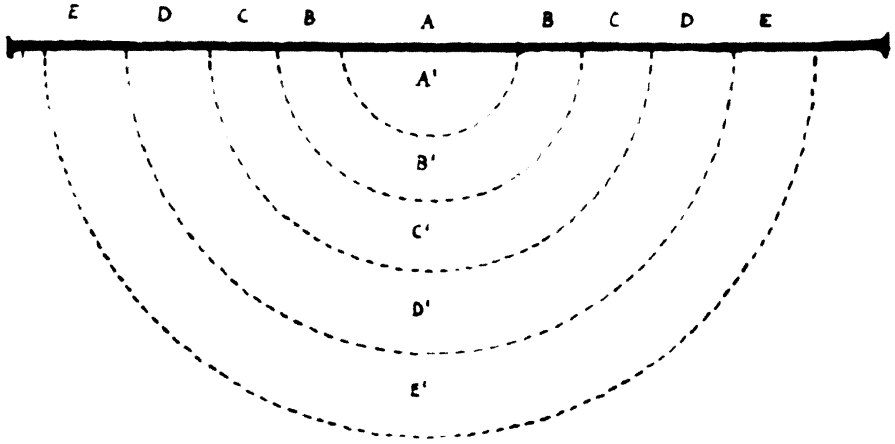
Quiero, pues, antes de terminar, hacer un resumen de mi punto de vista metodológico en relación con los datos aquí estudiados y discutidos breve y acaso algo confusamente.

Algunos autores han empleado el gráfico de la página siguiente para expresar la relación de lo arqueológico con lo etnológico, lo pasado con lo presente, en general.

A, B, C, D, E representan la actualidad. A', B', C', D', E', el pasado. A ciertos elementos de cultura pasados, estudiados

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

en profundidad, pueden corresponder otros, estudiados en extensión, notándose que con frecuencia los más antiguos son los que ocupan unas áreas más amplias o distantes y lejanas. Démosle otro uso. Supongamos que en un punto determinado que expresaría la línea horizontal, formando un complejo cultural, estén A, B, C, D, E. Y es posible que si E' representa un elemento comprobado, hallado el año 2000 a. de J. C. y D' otro del año 5000, y B' otro del siglo XVI, encontremos ahora en un



pueblo E + D + B, o acaso algo que no sea ni E, ni D, ni B, pero que participe de los tres.

Podemos hallar ahora en el N. de España, por ejemplo, un tipo de rueda que también se halla reproducido en los vasos pintados de la antigua Grecia, y otro que se encuentra en las excavaciones de las ciudades sumerianas según va dicho, amuletos como los que se describen en los yacimientos paleolíticos y otros exactamente iguales a los romanos. El gráfico podría ilustrar estos hallazgos y no pretende marcar la existencia de series de elementos culturales homogéneos y necesarios y en él no deja de estar expresada la idea de la difusión.

El problema está en averiguar cuándo y cómo los elementos que se registran en un momento se incorporaron, se asociaron unos a otros; si los que aparecen con un carácter complejo ya vinieron con tal carácter, o éste es producto de una elabo-

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

ración "in situ"; en qué grado la difusión de un elemento cultural supone la difusión de otros y en qué relación puede o pueden estar con una lengua, una raza y un medio.

Una vez aclarados estos problemas, no tendré inconveniente en hablar a mi vez de armas ibéricas o pucheros ligures, si la relación del nombre con el objeto es clara, precisa y necesaria. Pero mientras tanto, no. Ahora, si aplicamos este punto de vista y los expuestos al principio al esquema social y económico anterior, cabe hacer notar lo que sigue.

De un lado hemos fijado en la Península varias áreas de cultura en un momento determinado que es anterior a la romanización, aun cuando hasta la época actual tienen en ciertos aspectos validez, estando adscritas a zonas naturales con determinados caracteres físicos.

De otro hemos estudiado brevemente la expansión de algunos rasgos en áreas más amplias, hallando que aquellos con aspecto más primitivo se reparten, en efecto, más distanciados. Sirvan ahora de ejemplo la bramadera y los recipientes de madera en que se cuece con piedras por una parte, como objetos de uso actual en España, y por otra, las pinturas de estilo análogo localizadas en la Península como propias de una época de la Prehistoria y en el S. de Africa más modernamente: la semejanza de ambas manifestaciones del espíritu unidas a otras no hay más remedio que explicarlas por la difusión, aunque no hay derecho a decir que los bosquimanos son de la misma raza y de la misma lengua que los autores del arte rupestre del Levante español, cazadores como ellos.

Por lo contrario, la semejanza entre los pueblos recolectores de California y los del Cantábrico español, que coinciden en la forma de los almacenes de bellota, sistema de molturación, etc., es muy difícil explicarla por relaciones de cierto aire directo: se puede pensar en convergencias. Pero no hay que olvidar que la difusión a partir de un punto puede ser un fenómeno con direcciones múltiples y de ahí el peligro de no considerarla sino unilateralmente, como se ha hecho en Ar-

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

queología varias veces, para explicar por ejemplo la expansión dolménica o ciertas formas de cerámica con las que se establecen series evolutivas unilineales.

Un área de cultura con matriarcado y agricultura hallamos por otro lado en Africa moderna englobando por el N. a pueblos cazadores; se aproxima más, en consecuencia, en el espacio, a las antiguas áreas en que en Europa y Africa se ha señalado también el matriarcado y la agricultura. Esto, sin embargo, antropológica y lingüísticamente nada nos dice para establecer relaciones, aunque quepa la posibilidad de que culturalmente existan o hayan existido, como también sirve para suponerlas, más próximas, locales y recientes, la existencia de ciertas formas de la monarquía y sociedad.

Si esto ocurre con respecto a Africa, no hay motivo para pensar que algo análogo acaece con respecto a las relaciones de España y el resto de Europa. Unos elementos vienen con una raza que habla cierta lengua, otros con otras. A veces pueden haber venido con las dos. Pero nadie por eso los considerará asociados con ellas de un modo absoluto. Pensemos un instante en casos como el de la difusión del castellano entre los indios, o el de otros elementos culturales de carácter espiritual llevados a América por los españoles. ¿Hemos de pensar, por esto, que los antepasados de los indios eran "arios" o mediterráneos en el sentido que algunos quieren dar a estas palabras inadecuadamente, es decir, de una raza determinada? Examinemos nuestra propia cultura actual. ¿De dónde provienen importantes elementos de ella? De diversos focos y partes: el papel de un lado, la vacuna de otro, ciertos cultivos modernos de otro. Cabe hablar de cultura francesa o alemana o española, es cierto, pero siempre a base de elementos que muchos historiadores de la antigüedad no determinan y con un sentido del matiz artístico, literario y filosófico que están muy lejos de poseer.

Recordemos las palabras de Goldenweiser con que iniciamos nuestra exposición; cada cultura es en ciertos aspectos

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas

única e individual, pero para individualizarla hay que estudiarla en sí sin dejarse llevar de prejuicios, ni asociando cosas heterogéneas y oscuras. Nadie ignora que las características físicas y el ambiente pueden contribuir a individualizar los rasgos culturales, pero no se puede tomar como causas totales lo que en realidad no son sino moldes que no determinan matemáticamente qué clase de cultura se va a desarrollar, pero que sí obligan a que ésta se ajuste en cierto sentido. Y una vez verificado el ajustamiento, tiende a persistir y a cristalizar en formas, que pueden quebrarse por variaciones bruscas o necesidades vitales ocasionadas por la guerra, etc.

Hace ya cerca de doscientos años que Turgot escribió su luminoso "Essai des progrès successifs de l'esprit humain", pero aún se sigue por muchos autores la tendencia de interpretar nuestros conocimientos de acuerdo con ciertos esquemas o simplificaciones que se toman casi como leyes de la naturaleza en general. Y es verdaderamente extraño que esta tendencia se exagere de manera preponderante en investigadores que se dedican a ciencias en las cuales hay que seguir, más que en ningunas otras, el punto de vista newtoniano de examinar los hechos actuales del mundo objetivo sin prejuicios (165).

(165) Véase sobre esto G. Elliot Smith, "In the beginning" (Londres, 1928), 18-21. Hay que reconocer que este gran antropólogo sacó consecuencias erróneas de tan excelente principio.

Copyright (c) 2005 ProQuest Information and Learning Company
Copyright (c) Consejo Superior de Investigaciones Cientificas